

FRAGMENTOS DE SOLEDAD

Llueve,

Los cristales de la ciudad son golpeados por un millar de gotas y las trotinadas gentes huyen de las calles hacia sus refugios. El aire se vuelve frío y una suave neblina envuelve cada barrio, limpiando la ciudad y los pulmones de la gente. Mientras, una mujer mira el cielo gris a través de su ventana; joven y bella, de cabello rubio y vestido color de luto, dos ríos de lágrimas fluyen por su rostro. Su corazón es golpeado por la culpa igual que el cristal por la lluvia y se repite a sí misma sus pecados, sus desvaríos, su estupidez.

Ella dejó escapar su corazón por él: otro joven, moreno, alegre, listo. Sus ojos eran la ventana abierta a un mundo nuevo y sus labios el ancla que la volvía a tierra, al paraíso. Él reía a su lado, mientras ella lloraba en su hombro; él le daba la paz, mientras ella le entregaba su mundo.

Pero esa historia murió tras una tarde azul, cuando llovieron las verdades sin contar, que destrozaron el tapiz de sus sueños. Ahora ella llora en un rincón de su alma, por su estupidez, por creer que podía volar, por equivocarse; mientras, él se marcha para no volver, coje un tren y se sienta, mientras abraza su nuevo amor, al que enseña a volar y a soñar de nuevo.

En la misma calle que la chica, un hombre fuma bajo un paraguas rojo; mayor, desaliñado, con el cabello oscuro y sucio, observa a cada persona, buscando una estrella, una quimera, un sueño.

Pero en lugar de eso se encuentra con la cruda realidad y entonces la ira lo enciende, se cierra en su celda, que él mismo construyó, y olvida el mundo, atrapado.

Y allí, en su oscuro agujero, se clava la aguja de la desesperación y ríe, mientras los demonios de su soledad bailan en su cabeza, cantando una canción infantil. Bufones y duendes lo acompañan mientras sueña, huyendo de la realidad que lo atormenta. Y allí se quedará, en su agujero, riendo, arrastrado por las mareas de la soledad, esperando que algún día llegue el barco que lo lleve a la isla de sus sueños y lo salve del naufragio perpetuo.

Tres pisos más arriba, otro hombre; rubio, delgado, con gafas, traza con sus manos la alegre melodía que nace en su cabeza. Y en sus pinturas, desborda el mundo prohibido: su refugio, su jaula.

Él nunca fue feliz en su realidad, siempre apartado, siempre discreto, siempre solo, acompañado únicamente por sus dibujos.

¿Un genio o un loco? Nadie sabría decir dónde empieza su arte y acaba su cordura. Sigue pintando, día y noche, las maravillas de su mundo, intentando captar los finos trazos de la perfección; y suspira, al ver la mediocridad en la que vive, a la que se ha habituado. Pero sigue pintando, como si aún tuviera doce años, con la misma sonrisa vacía, apartada.

Sigue lloviendo, y en una puerta contigua, una mujer entra chorreando en su casa. Con el cabello castaño, los ojos cansados y la espalda dolorida, lleva auestas la rutina del trabajo y el dolor de su alma. Y mientras, él, calla y se sienta, abre su botella, y empieza a olvidarla; a ella, a sus gritos, a su dolor cansado.

Ella se encierra en el baño y llora, mientras toda su alma cae en los oscuros abismos de la soledad. No hay peor dolor que aquél que se sufre por resignación. Ella se siente

atrapada, vacía entre tanto grito y llora, mientras confiesa sus miedos al espejo. Pasarán los días, envueltos en el dulce manto de la rutina, sin más compañía que el espejo y su soledad. Pero de entre las sombras ocurrirá un milagro: milagro de vida. Una vida pura y frágil, algo por lo que merece la pena luchar cada día.

Y entonces escapará, hacia una vida nueva, incierta, pero decidida. Huirá de él, de su soledad, de los gritos, y en brazos llevará el milagro, su luz que lo guía, en los caminos de oscuridad.

Pero ahora llora en el baño, mientras él duerme en el sillón, sin pena ni culpa, y la lluvia golpea los cristales a ritmo de corazón dolido.

La lluvia amaina, las solitarias gentes sacan tímidamente la cabeza por la ventana, felices a la luz del sol, y los rayos de luz iluminan las calles, llenando la ciudad de vida y ocultando los fantasmas que moran en cada esquina. La vida continúa, ajena al dolor de tantos otros, a los que la lluvia no llega, ajena a la suerte de aún estar con vida, y ajena a la luz, que ilumina día a día.

THE END